

Reflexiones de un tostador

Celeste Villarreal

Image not found.

Capítulo 1

Reflexiones de un tostador

Por C.V.

Ya no soporto despertarme tan temprano en la mañana, cuando el sol aún no sale, cuando todavía ni el gallo canta, cuando lo único que mi cuerpo quiere es regresar a ese maravilloso estado en el que todo da igual. Odio la rutina diaria, el abrir mi enrojecida mirada sobre las manchas negras en mi rostro, el aseo obligatorio que de alguna forma se las arregla para dejarme más indiferente al día que se asoma en lugar de limitarse a refrescarme para comenzar de nuevo. Quisiera mandar a matar a todos los otros pobres diablos que se preparan para ir al trabajo, consiguiendo producir estruendosos sonidos que solo pueden ser tortura diseñada para mi infierno personal. Ojalá algún gato degolle a aquellos pajarillos que se atreven a chillar a estas horas, en las que muy apenas soporto a los insectos que plagan mis alrededores tratando de esconderse de los que iluminan con luces artificiales a su paso. Me encuentro cortado, algo oxidado, puedo sentir el maltrato que tantos años de trabajo me han hecho.

A veces me atormentan recuerdos fragmentados de días anteriores despertando de la misma manera, con unas ganas asesinas de exterminar al reloj, pedazos de mi vida que pueden recorrer mis años. Porque ya han sido años, años y años de detestar las mañanas, sin una sola falla o excepción. Pero, ¿Quién no aborrecería su vida cuando ha sido gastada en este mugroso restaurante al que le sobran razones para cerrar? No puedo creer que haya una sola alma en este mundo a la que madrugar le provoque felicidad, solo los idiotas que tienen la suerte de no tener que laborar por su sustento en estas deplorables condiciones.

Puedo observar los rostros de mis compañeros cruzando de uno en uno el desgastado portal de madera y metal que sin mucho ánimo cuelga de la pared, como también dándose por vencido. En poco tiempo según el reloj, porque a mi parecer aquel momento no puede ser otra cosa más que una eternidad compacta, el diminuto negocio comienza a levantarse. Se escuchan los familiares sonidos que en lugar de ser reconfortantes me provocan calenturas de rabia, ya que anuncian que faltan horas aún para terminar de servir. Alguien prende las luces, otro enciende la cafetera, algunos barren los suelos, acomodan las mesas, abren la cocina, hasta que finalmente dan vuelta al miserable trozo de plástico que con tristes gritos anuncia "ABIERTO".

Nunca he podido descifrar por qué abrimos tan temprano, no es como si hubiera una línea de personas hambrientas muriéndose de ganas por desayunar huevos que saben a polvo o café que solo puede compararse con la mugre que los viejos se sacan de los oídos durante jornadas polvosa. Muy a penas podemos mantener los clientes suficientes para salir a flote. Pero mi pregunta sigue siendo, ¿Por qué sacar a flote un barco que tan claramente tiene ganas de amarrarse piedras a los tobillos para lanzarse en un mar que es más lodo que sal?

No es que el casi digno establecimiento se mantuviera firme en principio, haciéndole justicia a tiempos de abundancia, porque nunca había sido mucho. Debo admitir que alguna vez sí tuvo días en los que grupos de amigos se reunían a discutir novedosos libros o semi-prestigiosos filmes de cine extranjero en la mesa roja del centro, pero incluso en aquel entonces estos autonombrados pensadores no consumían más que algunas piezas de pan mal tostado con poca mantequilla. Hablaban por horas de lo injusto que era todo en el mundo, de todo lo que el gobierno intentaba callar, de los asquerosos hábitos de la sociedad consumista, de cómo ellos eran la generación que cambiarían todo aquello. Les tomé algo de cariño, es verdad, uno se acostumbra a ver ciertas caras y el corazón no tiene de otra. De todas maneras el tiempo sigue, los amigos finalmente dejaron de perseguir sueños de grandeza, abandonando de lunes a lunes los ideales que habían predicado. Terminaron por perderle el gusto a la rebeldía ya que esta no es suficiente para pagar ni el pan embarrado con mantequilla, se dejaron de frecuentar porque sentían demasiada vergüenza en la debilidad de su hambre, cambiaron esas palabras de libertad por un turno de ocho horas y seis días a la semana. Uno de ellos incluso pidió empleo aquí, en este cuchitril que alguna vez le había servido de ejemplo en sus discusiones marxistas de cómo los trabajadores eran explotados hasta ser desgarrados de sus más preciados derechos.

Entra un cliente, el primer afortunado que gozaría de las magníficas instalaciones con goma de mascar dominando cada rincón disponible. Entra una mujer, una señora desaliñada con cara de mártir que se limita en pedir un café con un chorrillo de voz. Uno de los ex-filósofos levanta sus cejas en mínima señal de reconocimiento, como un espectro atraviesa el lugar para llevar entre sus viejas manos el espeso líquido. Lo más sabio sería retirarlo, conseguir sangre nueva.

Después de un rato un joven entra con ademanes de indecisión, acomoda sus delgadas piernas en la barra manchada de grasa, acomodando sus huesudos codos cubiertos por un saco demasiado grande para aquella percha. Mira la lámina de plástico a la que llamamos menú, revisa solamente los precios del lado derecho hasta que parece encontrar algo que puede pagar. Sacude los bolsillos del saco hasta que logra recolectar diversas monedillas, las que vacía sobre la barra para contarlas lentamente. He aquí el tiempo suficiente como para saber que el muchacho habría demorado más su tarea de ser posible, disfrutando

momentáneamente tener un lugar dónde sentarse. Finalmente ordena pan tostado con miel.

Me pongo a trabajar con pereza, con distintos resoplidos y gestos de reclamo hago saber mi descontento. Tostar pan, vaya vida. Hubo ocasiones en las que esto me parecía algo digno, algo de lo que debería de estar orgulloso. En fin, me animaba saber que estaba trabajando para ganarme la vida. Me provocaba satisfacción ver cómo el pan cambiaba de color cuando el calor lo rodeaba, me gustaba asegurarme de que todo saliera a tiempo, ver los rostros contentos de llevarse un trozo de algo a la boca. Pero poco sabía yo que es imposible ganarse la vida con un trabajo como este, esta tiende a ser demasiado costosa. Ahora retengo el pan por demasiado tiempo, solo para quemar una mitad sin afectar la otra, incinero las orillas hasta que escupo la hogaza en un sucio plato. El chico del saco grande se lo mete a la boca, soltando un pequeño quejido al quemarse la lengua, trata de cubrir toda la superficie con el jarabe mas nunca parece ser suficiente. Con un suspiro de resignación engulle a grandes bocados, intentando no fijarse demasiado en el sabor a metal que le ha quedado.

El cocinero le chifla a una chica de faldas cortas que tan solo necesita asomarse para decidir que es mejor salir huyendo del olor a podredumbre. Otro de mis personajes menos preferidos, de los que me recordaban que la vida era verdaderamente miserable. Recuerdo el día en el que llegó, un rostro fresco, un joven recién casado con sueños de voltear huevos hasta que pudiera mantener a su familia. Su esposa, una alegre chiquilla, cargaba en su vientre a un chamaco, le habían dicho que sería un niño. La noticia le había caído como llovizna, de esa que solo alcanza a empapar a los tontos. Su hijo iría a la escuela, pensaba mientras me mandaba a tostar, se imaginaba la vida que tendría junto a este.

No es extraño que los nuevos padres comiencen con imaginaciones fantásticas ante el prospecto de finalmente tener un pequeño que arrullar en sus brazos, creen que corregirán todos los errores de sus padres, seguros de que le enseñarán a ese engendro como se debe vivir. Nos han vendido la idea de que todo lo que se necesita es un buen trabajo, un buen trabajo para una buena familia. Con estas intenciones comenzó el cocinero su condena en este cuchitril, trabajaba todo el día para llegar a casa a besar el vientre de su enamorada, hacerle promesas al que aún no había nacido. Cuando lo vió por primera vez no podía creer su suerte, quería pasar cada segundo del día con el niño de diminutas manos. Pero pocos se paran a pensar en todo lo que necesita un recién nacido, ¿Quién se hubiera imaginado cuánto cuestan los pañales o las milagrosas soluciones de leche en polvo con vitaminas?

Cada hora que pasaba frente a la estufa soñaba con llegar a su hogar, mas al finalmente poder cumplir su deseo quedaba atascado en un mar de deudas acompañadas de llanto infantil. No es nada extraño que el color

abandonara sus mejillas, que sus labios dejaran de querer besar a su joven esposa, de que sus brazos dolieran demasiado como para arrullar a nadie. No es nada extraño. Ahora ya hace tiempo que la chica se marchó, hace rato que el niño merodea las calles en busca de un padre al que solo puede ver acostado frente al televisor a largas horas de la noche, del que solo puede escuchar rumores de mujerzuelas y ridículas deudas.

Solo quedaba otra triste sombra junto con las de el cocinero y el mesero filósofo, pero seguro existían miles de ellas en miles de míseros restaurantes con tostadores hartos de la monótona esclavitud del servicio. Una mujer, a quien podría reconocer en cualquier lugar sin mirarla más de un segundo, porque siempre había estado ahí. Desde mis primeros días la había visto llegar al restauran los domingos por la mañana, venía con su padre, quien sujetaba su mano para guiarla al espacio en la barra que solo ellos ocupaban. Él tomaba café, ella comía *hotcakes* con jugo de naranja. A ninguno de los dos les gustaba realmente el sabor, en su lugar iban para tener un mínimo sentido de pertenencia, como lo hacen los pobres. Disfrutaban el poder ver al otro sentado en el feo plástico amarillento de los asientos, condenados a las mismas tragedias que ellos mismos, en un cómico sentido de solidaridad. Con el tiempo quedó claro que él no pedía solo café por gusto, ya que miraba deseoso el platillo que la niña desayunaba gustosa. Lo había visto vender periódico con las calles de enfrente, sin falta se le podía encontrar gritando los titulares a cambio de unas cuantas monedas.

La pequeña creció, a sí como crecen los niños. Aunque amaba a aquel hombre, pronto dejó de admirarlo, detestando la desventajosa situación en la que se encontraban. El respeto que sentía por su padre al ver una figura alta extendiéndole una mirada protectora, de esas que solo pueden ver los niños, se desvaneció para dejar lugar a la realización de que era una derrota andante. Ya no le parecían grandiosos sus pobres comentarios sobre las situaciones actuales que veía en el periódico, se daba cuenta de que batallaba por leer solamente los titulares. Le dejó de impresionar su conocimiento sobre el mundo, notando que realmente solo conocía el camino a casa. Entre más estudiaba, más se percataba de que él no poseía las respuestas, le horrorizaba su ignorancia. Sin previo aviso los desayunos en el restauran se volvieron silenciosas, mas nunca paraban, ya que en realidad es difícil dejar viejas costumbres.

Ella estudió derecho, todos en el lugar se enteraron del día en el que recibió su título, porque el viejo no dejaba de anunciarlo como si fuera una de las grandes noticias que sacudían a la nación mientras ella se sonrojaba bajando la morada. No mucho después los desayunos pararon, él se sentaba solo por unos minutos, contemplando un plato de *hotcakes* que nadie iba a comer. Es trágico ver a alguien hacerse viejo mientras está sentado en un pobre restaurante, es una de las cosas más desalentadoras que me he visto forzado a presenciar. Un día él también

dejó de venir, asumimos lo peor.

Pero la pequeña volvió, solo que ya no era una pequeña, era una mujer de mirada severa que no tenía ni un pliegue sobre sus elegantes ropas de presuntuosa abogada. Al principio solo visitó el antiguo lugar que había sido testigo de su infancia, después regresó a su costumbre de atender sin falta alguna los domingos en la mañana para pedir un plato de *hotcakes* que sabían a mugre, un jugo de naranja claramente pasado y una taza de café insípido que nunca toma.

Un estruendo me despierta de los nebulosos recuerdos de mañanas pasadas, puedo distinguir el sonido de platos rotos que para este punto ya tengo grabado en mi cerebro. Detrás del mostrador veo la pálida piel del cuerpo tan extrañamente torcido sobre el asqueroso piso, casi esperando a que se levante apenado a seguir su tortuosa jornada. Pedazos de cerámica y vidrio lo coronan, como denunciando su renuncia a los reyes filósofos, como burlándose de los sueños muertos. Un poco de sangre escurre de su frente gracias al golpe que recibió cuando su corazón dejó de funcionar sin ningún aviso, aunque seamos sinceros, había dejado de funcionar hace tiempo.

Todos guardan silencio, por un momento el sucio lugar ya no es un restaurante, ya no es nada. Las puertas de gritos oxidados no se abren, las ventanas con cristales astillados no chillan, los insectos no se asoman por las pegajosas paredes, solo el techo deja caer algunas lágrimas rítmicas de goteras que hemos sido demasiado flojos como para tapar. El cocinero observa el cadáver con incredulidad, intentando recuperar sus palabras. El joven deja de comer su pan tostado, hunde su cabeza en la gastada chaqueta que le queda demasiado grande. Yo contemplo la escena, pero estoy demasiado cansado como para pensar el grupo de estudiantes que creyeron que podían cambiar el mundo, aún es demasiado temprano como para preocuparse por esas cosas.